

CAPÍTULO XVI

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él se imaginaba ser castillo

1 El ventero, que vio a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho
2 qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una
3 caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ven-
4 tero por mujer a una no de la condición que suelen tener las de semejante
5 trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus
6 prójimos; y, así, acudió luego a curar a don Quijote y hizo que una hija suya
7 doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase a curar a su huésped.
8 Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de co-
9 gote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que
10 la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los
11 pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar
12 al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó a la donce-
13 lla, y las dos hicieron una muy mala cama a don Quijote en un camaranchón
14 que en otros tiempos daba manifiestos indicios que había servido de pajar
15 muchos años; en la cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha
16 un poco más allá de la de nuestro don Quijote, y, aunque era de las enjalmas
17 y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja a la de don Quijote, que solo
18 contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos y un col-
19 chón que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodoques, que, a no mostrar que
20 eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guija-
21 rro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos, si se
22 quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta.

23 En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija le
24 emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba
25 la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado a partes a
26 don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída.

27 —No fueron golpes —dijo Sancho—, sino que la peña tenía muchos picos y
28 tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal.
29 Y también le dijo:

30 —Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que
31 no faltará quien las haya menester, que también me duelen a mí un poco los
32 lomos.

33 —Desa manera —respondió la ventera—, también debistes vos de caer.

34 —No caí —dijo Sancho Panza—, sino que, del sobresalto que tomé de ver
35 caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que
36 me han dado mil palos.

37 —Bien podrá ser eso —dijo la doncella—, que a mí me ha acontecido muchas
38 veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al sue-
39 lo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como
40 si verdaderamente hubiera caído.

41 —Ahí está el toque, señora —respondió Sancho Panza—, que yo, sin soñar
42 nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos
43 cardenales que mi señor don Quijote.

44 —¿Cómo se llama este caballero? —preguntó la asturiana Maritornes.

45 —Don Quijote de la Mancha —respondió Sancho Panza—, y es caballero
46 aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se
47 han visto en el mundo.

48 —¿Qué es caballero aventurero? —replicó la moza.

49 —¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabéis vos? —respondió Sancho
50 Panza—. Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa
51 que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada
52 criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendría dos o tres coro-
53 nas de reinos que dar a su escudero.

54 —Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor —dijo la ventera—, no
55 tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

56 —Aún es temprano —respondió Sancho—, porque no ha sino un mes que an-
57 damos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna
58 que lo sea; y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que
59 si mi señor don Quijote sana desta herida... o caída y yo no quedo contrechó
60 della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.
61 Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándo-
62 se en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dijo:

63 —Creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alo-
64 jado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es
65 por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece; pero mi escudero
66 os dirá quién soy. Solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memo-
67 ria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me
68 durare; y pluguiera a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido
69 y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre
70 mis dientes: que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad.

71 Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las ra-
72 zones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego,
73 aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban a ofrecimiento y requie-
74 bros; y, como no usadas a semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y
75 parecíanle otro hombre de los que se usaban; y, agradeciéndole con vente-
76 riles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó a
77 Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

78 Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos,
79 y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes
80 durmiendo sus amos, le iría a buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le man-
81 dase. Y cuéntase desta buena moza que jamás dio semejantes palabras que
82 no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque
83 presumía muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de
84 servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían
85 traído a aquel estado.

86 El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de don Quijote estaba primero
87 en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto a él hizo el suyo Sancho,
88 que solo contenía una estera de enea y una manta, que antes mostraba
89 ser de anejo tundido que de lana. Sucedió a estos dos lechos el del arriero,
90 fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos
91 mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque
92 era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia,
93 que deste arriero hace particular mención porque le conocía muy bien, y
94 aun quieren decir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Mahamate
95 Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y
96 échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan
97 rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los
98 historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente,
99 que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido,
100 por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el
101 autor de Tablante de Ricamonte, y aquel del otro libro donde se cuenta los
102 hechos del conde Tomillas, y con qué puntualidad lo describen todo!

103 Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua y dádole el
104 segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dio a esperar a su puntualísi-
105 ma Maritornes. Ya estaba Sancho bismado y acostado, y, aunque procuraba
106 dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de
107 las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio,
108 y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que colgada en
109 medio del portal ardía.

110 Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero
111 traía de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros autores de su
112 desgracia, le trujo a la imaginación una de las estrañas locuras que buena-
113 mente imaginarse pueden; y fue que él se imaginó haber llegado a un famoso
114 castillo (que, como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas
115 donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual,
116 vencida de su gentileza, se había enamorado dél y prometido que aquella no-
117 che, a furto de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza; y teniendo
118 toda esta quimera que él se había fabricado por firme y valedera, se comenzó
119 a acuitar y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de
120 ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea
121 del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama Quintañoña se le
123 pusiesen delante.

124 Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para
125 él fue menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza,
126 cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con táticos y atentados pasos,
127 entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero. Pero ape-
128 nas llegó a la puerta, cuando don Quijote la sintió y, sentándose en la cama, a
129 pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir
130 a su hermosa doncella. La asturiana, que toda recogida y callando iba con las
131 manos delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote,
132 el cual la asió fuertemente de una muñeca y tirándola hacia sí, sin que ella
133 osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y,
134 aunque ella era de arpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal.
135 Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres
136 de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a
137 crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor
138 al del mismo sol escurecía; y el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada
139 fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave
140 y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación, de la misma traza
141 y modo, lo que había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el
142 malferido caballero vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí
143 van puestos.

144 Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento ni otras
145 cosas que traía en sí la buena doncella no le desengañaban, las cuales pu-
146 dieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero; antes le parecía que tenía
147 entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y, teniéndola bien asida, con voz
148 amorosa y baja le comenzó a decir:

149 —Quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar
150 tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran ferrosura me
151 habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los
152 buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que
153 aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra fuera imposible. Y más,
154 que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que ten-
155 go dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos
156 pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio
157 caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra
158 gran bondad me ha puesto.

159 Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de don
160 Quijote, y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba
161 sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, a quien tenían despierto
162 sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta la sintió,
163 estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decía, y, celoso de
164 que la asturiana le hubiese faltado la palabra por otro, se fue llegando más
165 al lecho de don Quijote y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aque-
166 llas razones que él no podía entender; pero como vio que la moza forcejaba
167 por desasirse y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla,
168 enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas
169 quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y, no
170 contento con esto, se le subió encima de las costillas y con los pies más que
171 de trote se las paseó todas de cabo a cabo.

172 El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo
173 sufrir la añadidura del arriero, dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruido des-
174 pertó el ventero y luego imaginó que debían de ser pependencias de Maritor-
175 nes, porque, habiéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha se
176 levantó y, encendiendo un candil, se fue hacia donde había sentido la pelaza.
177 La moza, viendo que su amo venía y que era de condición terrible, toda me-
178 drosica y alborotada se acogió a la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y
179 allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo:

180 —¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas.
181 En esto despertó Sancho y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que
182 tenía la pesadilla y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y, entre otras,

183 alcanzó con no sé cuántas a Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando a
184 rodar la honestidad dio el retorno a Sancho con tantas, que, a su despecho,
185 le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de
186 quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre
187 los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo.

188 Viendo, pues, el arriero, a la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su
189 dama, dejando a don Quijote, acudió a dalle el socorro necesario. Lo mismo
190 hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fue a castigar a la moza,
191 creyendo sin duda que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía. Y así
192 como suele decirse «el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo»,
193 daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza,
194 y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y
195 fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron ascuras,
196 dábanse tan sin compasión todos a bulto, que a doquiera que ponían la mano
197 no dejaban cosa sana.

198 Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de
199 la Santa Hermandad Vieja de Toledo, el cual, oyendo ansimesmo el estraño
200 estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos,
201 y entró ascuras en el aposento, diciendo:

202 —¡Ténganse a la justicia! ¡Ténganse a la Santa Hermandad!
203 Y el primero con quien topó fue con el apuñeado de don Quijote, que estaba
204 en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno; y, echándole a
205 tiento mano a las barbas, no cesaba de decir:

206 —¡Favor a la justicia!

207 Pero viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba, se dio a entender
208 que estaba muerto y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y,
209 con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo:

210 —¡Ciérrese la puerta de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto
211 aquí a un hombre!
212 Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le
213 tomó la voz. Retiróse el ventero a su aposento, el arriero a sus enjalmas, la
214 moza a su rancho; solos los desventurados don Quijote y Sancho no se pu-
215 dieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don
216 Quijote y salió a buscar luz para buscar y prender los delincuentes, mas no
217 la halló, porque el ventero, de industria, había muerto la lámpara cuando se
218 retiró a su estancia, y fuele forzoso acudir a la chimenea, donde con mucho
219 trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.